



**EL
TERRI-
TORIO
INTE-
RIOR
DE
YVES
BO-
NNE-
FOY.**

♦ EDGAR IBARRA

¿Cuál es el lugar de la palabra? ¿Es en nuestra mente, en los labios, en nuestro oído? Puede que en el libro, en su hoja o en la tinta. Un diccionario guarda las palabras y expone sus significados, les da un lugar a salvo contra el tiempo y el movimiento natural de las lenguas. Los libros cuidan palabras, pero es dudoso que un diccionario sea capaz de darnos el significado de la vida, el amor y lo aún innombrable; lo que aún no conocemos, lo que aún no decimos, lo que aún no tiene su sentido.

Si las palabras tienen algún lugar, este está después del sentido y después que su significado se haga nuestro, así ya podemos comunicarlas, escucharlas y comprenderlas. Pero antes, son sentidos que están por llenar un espacio, están en un territorio fuera del conocimiento y del entendimiento, una mezcla caótica: una imagen llena de significados que aún no llegamos a comprender.

Tal vez la imagen es el estado primigenio en donde los sentidos están todavía sin nombre, sin que estos puedan ser asidos por la palabra y el significado. El poeta francés Yves Bonnefoy ha trabajado para entender la poesía y la imagen poética. En su libro *El territorio interior* (Sexto piso, 2003) hace hincapié en el lugar y su imagen, lo que evoca, los recuerdos, las ensoñaciones de imágenes que puede que no estén ahí.

El ser humano siempre ha tenido una fascinación por la naturaleza; la otredad que es tanto nuestro espacio, cobijo y materia para desarrollar nuestra técnica, es también un misterio. Bonnefoy tiene la inquietud por ese lugar que no es el aquí, que es el allá, donde la contemplación lo lleva a adentrarse para acechar y vigilar el camino que está de por medio. Su vista no es del todo racional, no intenta definir, pero quiere abstraer. Busca la presencia de aquel territorio que está tanto fuera como dentro de sí, busca el *territorio interior*.

El azar lleva a Bonnefoy a diferentes ensoñaciones y evocaciones, pero su punto de partida es la división de la tierra, de la elección de un camino para el cual dirigirse, las intersecciones. Cada camino es un misterio, cada elección y cada punto de llegada es la pérdida de otros lugares que pudo haber contemplado, es una “promesa/lugar” que nunca llega. Sus caminos, sus diversificaciones, sus pueblos, su gente y su lengua permanecen sepultados en el secreto. Este secreto, este misterio, esta naturaleza inalcanzable hace pensar a Bonnefoy que “la vida verdadera está más allá, en ese otro lugar insituable”.

La música es así, no tiene lugar. No está quieta en el aire, un instrumento y un estereo pueden estar en silencio permanente, pero las imágenes que nos evocan tienen más presencia que la realidad misma. De esta presencia habla el autor, de una naturaleza sin lugar o del desconocimiento de su lugar. Hay una naturaleza que no puede asirse, contenerse, ser definida o manipulada.

En las culturas prehispánicas la naturaleza es sagrada, su creación es gracias al sacrificio de los dioses, el sacrificio debe ser repetido para mantener este orden natural. En la tradición cristiana y hebrea la naturaleza tiene la característica de ser proveída por Dios, la oración cumple con la función de gratitud. En la época industrial la naturaleza es la materia prima que provee al hombre y su sociedad la oportunidad de progreso y desarrollo de su civilización, pero los románticos discrepan.

El romanticismo idealizó la naturaleza como el origen y el fin de la civilización humana, pero para ellos la naturaleza no era la tierra y sus árboles, no le tenían con un carácter material, sino con un carácter espiritual; no es el medio, es el espíritu por el cual llegamos a ser lo que somos. La filosofía romántica de Schelling es una filosofía primigenia, donde el estado natural es el de ser filósofo y la razón no tiene como fin el conocimiento en sí, la especulación es una “enfermedad” del filósofo, es la contemplación

EL AZAR LLEVA A BONNEFOY A DIFERENTES ENSOÑACIONES Y EVOCACIONES, PERO SU PUNTO DE PARTIDA ES LA DIVISIÓN DE LA TIERRA, DE LA ELECCIÓN DE UN CAMINO PARA EL CUAL DIRIGIRSE, LAS INTERSECCIONES.

la que lleva al filósofo a adentrarse al espíritu de la naturaleza. Al pensar, al hacer a la naturaleza objeto, nos separamos de ella y de nosotros mismos. Si definimos a la naturaleza, no es de la naturaleza de la que hablamos. Si la observamos nos adentramos en ella, la naturaleza no es para dominar ni racionalizar, es para contemplar.

Si pensamos, dividimos la naturaleza, lo hacemos lo “otro”, el lugar se convierte en partes. Para ver claro y con más luz, así como para evocar lo más puro que hay en la memoria y encontrar lo invisible, Bonnefoy contempla. Este no es el territorio de la palabra, la contemplación es territorio de la imagen, es territorio de las significaciones sin forma, sin definición, del todo que no es dividido en partes, de la luz que no da sombra, es la presencia pura, un caldo primigenio.

II

En la lógica clásica el *ser* existe o no existe, no pueden ser ambos al mismo tiempo, a esto Aristóteles le llamó principio de no contradicción o tercero excluido, donde el “ser” es una entidad incompatible para mezclarse con el “no ser”. No podía existir la duda ni posibilidad de ambigüedad, esta era la condición para poder establecer una ciencia verdadera que pudiera determinar las últimas causas. Pero la imagen no juega en esta lógica, porque ella es la misma en tiempos diferentes.

Bonnefoy encuentra en la imagen del lugar un territorio inaccesible, un territorio que no puede ser encontrado. Mientras que al mismo tiempo al ser contemplado provoca en él la promesa del lugar donde la verdad y la trascendencia de sí mismo pueden ser sitiados. Un territorio que no está y que “es”.

Esta característica oculta quita la posibilidad de que este territorio sea fiel a los ojos, que sea un hecho evidente, que pueda ser medido, entendido y definido, lo aleja de la razón y de la ciencia, estableciéndolo en el área de las apariencias contra la que tanto luchó Platón. Pero no para eliminarlas, sino para comprenderlas y regar luz sobre aquello que parece vacío, pero nos llena de presencia. Bonnefoy confía en que el destino tiene un lugar, un camino de piedra que lo lleve a atravesar el paisaje, que la evocación lo lleve a una presencia definitiva, mas permanece oculta.

Para muchas culturas antiguas primero fue el caos. En la cultura hebrea y cristiana al principio todo era un vacío, pero un vacío con cosas como la oscuridad. En este lugar las tinieblas estaban asentadas, hasta que llegó la palabra/logos/sentido y se hizo la luz. Mas las tinieblas no desaparecieron, fueron separadas. Dios las llamó noche, imagen primigenia de la oscuridad, lo inextensible, lo que parece ser, lo que es y no es, lo que no podemos asir ni definir; es aquello que nos impide ver la imagen como en realidad es.

En la *Teogonía* Hesíodo describe a Gea como el primer ser del cual provienen los demás. Al primero que engendró por sí misma Gea fue a Urano, el cielo, quien lleva a su espalda el manto estrellado que cubre toda la tierra. En este manto también está Nix, la noche, inseparable del día, luz y oscuridad. Antes de estos dioses era el caos, fue principio del cual apareció Gea y su progenie. Caos es lo indefinible, lo inentendible, el caldo primigenio del cual provienen todas las cosas pero que permanecen en estado previo a la existencia, previo al ser, previo al entendimiento y al ver las cosas, su luz y su sentido, así como su oscuridad y su no sentido. Este caldo no tiene lugar, pero es el lugar de donde provienen todos los sentidos, su imagen y su palabra.

En el *Popol Vuh* al principio no había palabra ni sonido, ni espacio ni tiempo, solo el vacío infinito. Este vacío no decía nada, después el creador/artesano formó las primeras palabras y de ellas las semillas, y aquí nació el agua, el caldo primigenio.

El vacío budista, *shuniata*, es indecible en el sentido que es presencia absoluta, no es nombrada o imaginada; es como los sueños, que solo quien los sueña puede vivir su presencia y al ser relatados pierden su sentido. Para el budista el sentido no tiene imagen y son todas las imágenes y todos sus sentidos, no tiene colores pero son todos los colores, no tiene palabras que provoquen sonido, pero el silencio es el ruido más ensordecedor que existe; el vacío es la presencia absoluta. Bonnefoy piensa que la presencia del vacío le es análoga a la imagen del lugar. Lugar que tiene todo sentido e imagen, que como un sueño, al acercarnos tiende a alejarse y, peor aún, también tiende a disiparse en la nada otra vez. La existencia y el lugar de este sueño son solo una apariencia, una imagen que promete la presencia.

III

Los grandes maestros italianos provocaron a su audiencia con perspectivas cada vez más profundas y objetos que atravesaban los planos dentro de la pintura. El escenario dejó de ser un fondo decorativo para ser un objeto importante en la obra. Un claro ejemplo de esto son el gran maestro Paolo Uccello (1397-1475) y Piero della Francesca (1412-1492); sus objetos centrales no pueden ser desprendidos del paisaje o del fondo en el que están, el lugar ya es un sujeto. Jugaron con la forma de los objetos para integrarlos al tema y a la imagen completa de la obra.

Esta fundación del lugar está al lado del inicio del renacimiento italiano, definitiva formación del humanismo, cuyo pensamiento fue colándose poco a poco entre los pensadores durante un par de siglos. Para Bonnefoy esta fundación del lugar provoca a la imaginación, fuente de metáforas, imágenes y analogías sobre lo humano, su ciudad, lo profano y lo sagrado. Nos nutrimos del pensamiento que transformándose se creó a sí mismo.

El renacer del pensamiento greco-latino no solo cambió el arte, su técnica y su sentido, también evocó y provocó en todo el pensamiento humano, como el político y el religioso, mas no olvidó por renacer la pregunta por el hombre mismo. Parece que el humanismo es una fuente infinita para el pensamiento, y también lo es el lugar para Bonnefoy, en especial en la pintura italiana, cuya imagen del lugar es un manantial que nos abre la imaginación a esa infinitud, a esos lugares desconocidos.

Los pintores renacentistas no jugaron a inventar, respetaron la tradición de sus maestros, mas sabían que el conocimiento era parte central de su obra y de su técnica. Su pensamiento no fue ajeno a las preguntas del hombre y la sociedad que fueron apareciendo a su tiempo; sea cual fuese su opinión, su arte refleja las preguntas de la época. Y estas imágenes no son dadas por el azar. La presencia está más allá del azar, está determinada por el destino; la imagen del lugar para Bonnefoy no está determinada por un sin sentido, sino por el propio sentido que nos determina y hace presencia a nuestro propio destino, nos enfrenta contra nuestra existencia, contra lo que somos, con lo que es el hombre y su lugar. Es la presencia prometida, es encontrarnos a nosotros mismos.

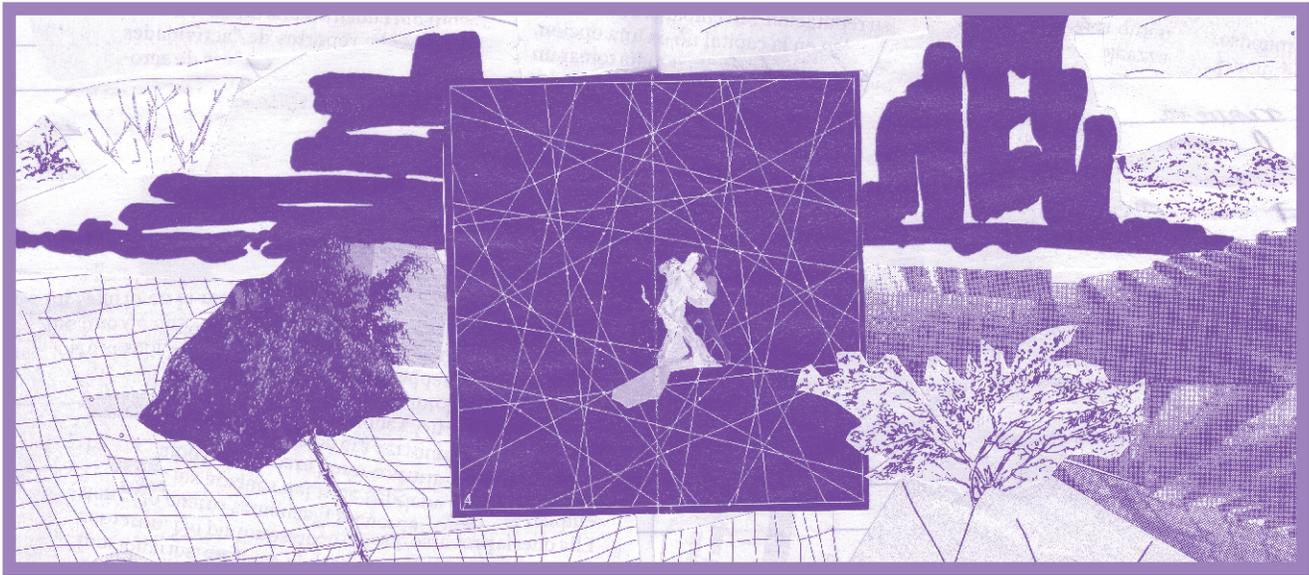
LA DUALIDAD NO IMPLICA QUE SEAN DOS COSAS SEPARADAS, AL CONTRARIO, IMPLICA QUE ES UNA SOLA, CON DOS SENTIDOS.

IV

En el pensamiento infantil de Bonnefoy, la transposición de dos lugares no es transparente, sino insoportable; uno debe ser mejor que el otro, lugares donde uno solo tenía el valor suficiente. Pero si escoges un lugar, el otro desaparece; es una nostalgia de la posibilidad, de su promesa. Este cruce, esta contraposición, fue convirtiéndose en la obra del autor en un espacio mítico que lo define tanto a él como a su arte, que lo trasciende en palabra y en poema. Para Octavio Paz las palabras del poema son los sonidos de una sinfonía o los colores en una pintura, brindan luz y energía al poema, crean la imagen y proporcionan su sentido, unidad que es la voz de la propia presencia. La presencia unitaria de Bonnefoy es la dualidad del lugar, de dos caminos, de lo que es y no es, del lugar en el que está y en el que no está. La dualidad de la creación poética, su placer y la soledad que implica hacerla, es para el autor una “dialéctica terrible” del quehacer artístico, del escape de la razón y de la imagen poética. La razón va definiendo, delimitando y encerrando el sentido. Pero la poesía descubre, abre la mente y el corazón, hace que la imaginación se desborde.

La dualidad no implica que sean dos cosas separadas, al contrario, implica que es una sola, con dos sentidos. El hombre es dual, no dividido; es complejo, no separado en partes. Somos tanto la razón que disipa la imagen y su presencia, como el agente poético que evoca dentro suyo toda la presencia del sentido.

Bonnefoy entiende que si preferimos la belleza de la obra sobre la experiencia de la vida, haríamos que el arte perdiera su sentido. Y si preferimos la vida sobre la obra, haríamos que la vida no tuviera sentido: la muerte crea la trascendencia y el poema al encerrarse a sí mismo hace nacerse a sí mismo, es una supervivencia en el desierto. Cada poema y cada obra es unidad en sí misma, que puede explicarse por sí misma, es una imagen, un absoluto lleno de sentido.



El caldo primigenio, que sucedió en los orígenes del universo de las diferentes cosmovisiones de nuestras culturas antiguas, es una nada que fue tomando forma, que fue definida por sus límites, por sus sentidos y por la palabra que la nombró. Este caldo es lo desconocido, lo que no entendemos, es la imagen en un estado inicial que todavía no se convierte del todo en sentido, sino que su sentido es de oscuridad y sombras, es una quimera sin forma o de muchas formas. La quimera de Bonnefoy es la esfinge, la cual le provoca un sentimiento desconocido.

La esfinge, quimera hecha de otras formas, representa el enigma, que a Edipo le preguntó. Su naturaleza desconocida es el sentido que recuperamos al leer sobre ella, o al verla en piedra o en los murales de la antigüedad. Era un oráculo terrible, está llena de conocimiento que no pone ante nosotros de forma evidente, nos hace trabajar y esforzarnos para conseguir ese conocimiento y con la posibilidad de equivocarnos con mucha frecuencia, no da ventajas. Cruel ante los ciegos de conocimiento.

Para Bonnefoy no es suficiente la imagen poética, su evocación y su representación en el poema. Quiere encontrar su raíz, ahí donde la presencia es absoluta, donde el caldo primigenio forma el todo, donde todos los lugares están, donde los caminos entrecruzados lo dirigen a su destino, donde la imagen deja de ser un sueño, una presencia que se disipa al despertar o

al narrar, que no se pierde entre la limitación del ser por la razón, donde la sabiduría y la belleza forman una unidad. Que pueda escapar de los escépticos y sea capaz de conocer toda la expresión, siendo así la palabra fuente del absoluto, del destino del ser. Pero en aquel lugar donde la nada es todo, ya no hay movimiento, ya no hay pregunta, ya no hay camino que provoque la ensoñación.

El sueño tiende a perderse y disiparse; así como el amor juega con el deseo y los celos, el sueño es lejanía y nostalgia, es lo que no perdura. Pero el sueño existe, el soñar nos hace levantarnos del descanso con la intención de hacerlo real en el día. Que el sueño no se cumpla no implica el fin y el regreso a la nada, al contrario, Bonnefoy encuentra que es en ese mismo momento que el sueño aparece, renace, y le da sentido. Justo ahí en el territorio interior, justo donde el sueño se convierte en realidad, una realidad más fuerte que la propia realidad. ●

REFERENCIAS

- Bonnefoy, Y. (2013). *El territorio interior*. Ciudad de México: Sexto piso.
 Estrada Monroy, A. (Ed.) (1998). *Popol Vuh*. Ciudad de México: Editores Mexicanos Unidos.
 Gombrich, E. H. (2010). *Historia del Arte*. New York: Phaidon.
 Hesíodo. (2007). *Teogonía*. Ciudad de México: Porrúa.
 Marías, J. (1980). *Historia de la Filosofía*. Madrid Biblioteca de la Revista de Occidente.